

www.elboomeran.com

Patrick Modiano

Libro de familia

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Livret de famille
© Éditions Gallimard
París, 1977

Ilustración: Pierre Le Tan. Foto de Patrick Modiano © Leef Andersen

Primera edición: noviembre 2014

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, María Teresa Gallego Urrutia, 2014
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7908-7
Depósito Legal: B. 23482-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para Rudy,
para José y Henri Bozo*

I

Estaba mirando a mi hija por la mampara de cristal. Dormía, apoyada en la mejilla izquierda, con la boca entreabierta. Tenía apenas dos días y se le notaban los movimientos de la respiración

Yo tenía la frente pegada al cristal. Pocos centímetros me separaban de la cuna y no me habría extrañado que se columpiase en el aire, en estado de ingravidez. La rama de un plátano acariciaba la ventana con regularidad de abanico. Mi hija era la única ocupante de esa habitación blanca y azul celeste que se llamaba «Nursery Caroline Herrick». La enfermera había arrimado la cuna para pegarla a la mampara y que yo pudiera verla.

No se movía. En la cara diminuta le flotaba una expresión beatífica. La rama seguía oscilando en silencio. Yo aplastaba la nariz contra el cristal y quedaba una mancha de vaho.

Cuando volvió la enfermera, me enderecé en el acto. Eran casi las cinco de la tarde y no podía perder

ni un momento si quería llegar al ayuntamiento antes de que cerrasen el registro civil.

Bajé las escaleras del hospital hojeando un cuadernito con tapas de cuero rojo, el «Libro de Familia». Sentía por ese nombre el mismo interés respetuoso que tengo por todos los documentos oficiales, diplomas, actas notariales, árboles genealógicos, catastros, pergaminos, pedigrís... En las dos hojas del principio aparecía el extracto de mi partida de matrimonio, con mi nombre y apellido, y los de mi mujer. Las líneas correspondientes a «hijo de...» estaban en blanco, para no entrar en los entresijos de mi estado civil. En efecto, desconozco dónde nací y qué nombres utilizaban mis padres en el momento de mi nacimiento. En ese libro de familia iba grapada una hoja de papel azul marino doblada en cuatro: la partida de matrimonio de mis padres. Mi padre constaba en ella con un nombre falso porque el matrimonio se había celebrado durante la Ocupación. Podía leerse en ella:

ESTADO FRANCÉS

Departamento de Alta Saboya

Ayuntamiento de Megève...

El 24 de febrero de mil novecientos cuarenta y cuatro, a las diecisiete treinta...

comparecen públicamente en la Casa del Concejo:

Guy Jaspaard de Jonghe y

Maria Luisa C.

Los contrayentes declaran ambos, de forma consecutiva, que desean convertirse en marido y mujer y

en nombre de la ley los declaramos unidos en matrimonio.

¿Qué hacían mi padre y mi madre en febrero de 1944, en Megève? No iba a tardar en saberlo, pensaba. ¿Y ese «de Jonghe» que mi padre se había añadido al nombre falso? De Jonghe. Qué idea tan propia de él.

Vi el coche de Koromindé aparcado al filo de la avenida, a unos diez metros de la puerta de salida del hospital. Él estaba al volante, enfrascado en la lectura de una revista. Alzó la cabeza y me hizo un gesto con el brazo.

Lo había conocido la noche anterior en un restaurante con decoración vasco-bearnesa que estaba cerca de la puerta de Bagatelle, uno de esos sitios donde va uno a parar cuando le ha ocurrido algo importante y donde no iría nunca en circunstancias normales. Mi hija había nacido a las nueve y media de la noche y la había visto antes de que se la llevaran al nido; le había dado un beso a su madre, que se estaba quedando dormida. Ya en la calle, había ido andando al azar por las avenidas desiertas de Neuilly, bajo una lluvia otoñal. Las doce. Yo era el último cliente que estaba cenando en aquel restaurante donde un hombre de quien sólo vislumbraba la espalda estaba acodado en la barra. Sonó el teléfono y el camarero lo cogió. Se volvió hacia el hombre.

—Es para usted, señor Koromindé.

Koromindé... Así se apellidaba uno de los amigos de juventud de mi padre que solía venir por casa cuando yo era pequeño. Estaba hablando por teléfono.

no y yo reconocía la voz grave y muy suave y las erres palatales. Colgó; me levanté y me acerqué a él.

—¿Jean Koromindé?

—En persona.

Me miraba con expresión extrañada. Me presenté. Soltó una exclamación. Luego dijo, con una sonrisa triste:

—Ha crecido...

—Sí —contesté, tras encogerme y como si me disculpase. Le comuniqué que era padre desde hacía unas horas. Se emocionó y me invitó a una copa para celebrar el nacimiento.

—Eso de ser padre es algo gordo, ¿no?

—Sí.

Salimos juntos del restaurante, que se llamaba L'Esperia.

Koromindé se ofreció a llevarme a casa y me abrió la puerta de un Régence negro viejo. Durante el trayecto hablamos de mi padre. Koromindé llevaba veinte años sin verlo. Yo no sabía nada de él desde hacía diez años. Ninguno de los dos estábamos al tanto de qué había sido de él. Koromindé recordaba una noche de 1942 en que había cenado con mi padre en L'Esperia precisamente... Y ahí, en ese mismo restaurante, esta noche, treinta años después, se enteraba del nacimiento de «esa niñita»...

—Cómo pasa el tiempo...

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Y esa niñita, ¿voy a poder conocerla?

Entonces fue cuando le ofrecí que me acompañase al día siguiente a la tenencia de alcaldía para inscri-

bir a mi hija en el registro civil. Le pareció estupendo y quedamos a las cinco en punto delante del hospital.

A la luz del día, el coche parecía aún más deteriorado que la víspera. Se metió la revista que estaba leyendo en uno de los bolsillos de la chaqueta y me abrió la puerta. Llevaba unas gafas de montura grande y cristales azulados.

—Vamos justos de tiempo —le dije—. El registro civil cierra a las cinco y media.

Miró el reloj.

—No se preocupe.

Conducía despacio y con mucha suavidad.

—¿Le parece que he cambiado mucho en veinte años?

Cerré los ojos para recuperar la imagen que tenía de él por entonces; un hombre vivaracho y rubio que se pasaba continuamente el dedo índice por el bigote, hablaba con frases breves y entrecortadas y se reía mucho. Llevaba siempre trajes claros. Así era como flotaba en mis recuerdos infantiles.

—He envejecido, ¿verdad?

Era cierto. Se le había encogido la cara y la piel iba teniendo un tono gris. Se había quedado sin el espeso pelo rubio.

—No tanto —dije.

Cambiaba las marchas y giraba el volante con ademanes amplios y perezosos. Al coger una avenida perpendicular a la del hospital, tomó la curva con holgura y el viejo Régence dio con la acera. Se encogió de hombros.

—Y su padre, me pregunto si se sigue pareciendo a Rhett Butler..., ya sabe..., *Lo que el viento se llevó...*

—Yo también me lo pregunto.

—Soy su amigo más antiguo..., nos conocimos a los diez años, en la calle Cité d'Hauteville.

Conducía por el centro de la avenida y rozó un camión. Luego encendió maquinalmente la radio. El locutor hablaba de la situación económica que, según él, era cada vez más alarmante. Preveía una crisis tan grave como la de 1929. Me acordé de la habitación blanca y azul donde dormía mi hija y de la rama de plátano que oscilaba y rozaba la ventana.

Koromindé se paró en un semáforo en rojo. Ensimismado en sus pensamientos. El semáforo cambió tres veces seguidas y él no arrancaba. Estaba impasible tras las gafas con cristales teñidos. Por fin, me preguntó:

—Y su hija ¿se parece a él?

¿Qué podía contestarle? Pero a lo mejor él sí sabía que hacían mis padres en Megève en febrero de 1944 y cómo se había celebrado su peculiar boda. No quería hacerle preguntas en esos momentos por temor a que se distrajesen aún más y ser causa de un accidente.

Íbamos por el bulevar de Inkermann a paso de procesión. Me indicó a la derecha un edificio de color arena con ventanas como ojos de buey y balcones grandes y semicirculares.

—Su padre vivió aquí un mes..., en la última planta...

Incluso celebró allí sus veinticinco años, pero Koromindé no estaba seguro; todos los edificios donde

vivía mi padre —me dijo— tenían la misma fachada. Así eran las cosas. No se le había olvidado aquella tarde del verano de 1937, a última hora, ni la terraza que los últimos rayos de sol iluminaban con un tono rojo anaranjado. Mi padre, por lo visto, recibía con el torso al aire y en bata. En el centro de la terraza había colocado un sofá viejo y unas sillas de jardín.

—Y yo servía las bebidas.

Se saltó un semáforo en rojo y casi choca con un coche al cruzar el bulevar de Bineau. Giró a la izquierda y se metió por la calle de Borghèse. ¿Dónde iba a dar la calle de Borghèse? Miré el reloj. Las cinco menos nueve minutos. El registro civil iba a cerrar. Me entró el pánico. ¿Y si se negaban a dar de alta a mi hija en el registro del ayuntamiento? Abrí la guantera, pensando que habría un plano de París e inmediaciones.

—¿Está seguro de que va en la dirección correcta?
—le pregunté a Koromindé.

—No creo.

Se disponía a dar media vuelta. Pero no, más valía seguir recto. Llegamos al bulevar de Victor-Hugo y luego nos metimos otra vez por el bulevar de Inkermann. Ahora Koromindé pisaba a fondo el acelerador. Le corrían gotas de sudor por las sienes. Él también miraba el reloj. Me susurró con una voz sin inflexiones:

—Le juro que vamos a llegar a tiempo, muchacho.

Volvió a saltarse un semáforo en rojo. Cerré los ojos. Aceleró más y tocó la bocina, unos toquecitos breves. El Régence viejo vibraba. Estábamos llegando a la avenida del Roule. Delante de la iglesia, el coche se averió.